

## **DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos, 4, 32-35): *Todos sentían lo mismo.*

**Salmo** (117, 2-4.16ab-18.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

**2ª lectura** (1ª Juan, 5, 1-6): *Todo el que cree en Jesús ha nacido de Dios.*

**Evangelio** (Juan 20, 19-31): *Como el Padre me ha enviado así también os envío yo.*

Este domingo celebramos muchas cosas: Ante todo, celebramos al Señor, vencedor de la muerte. Celebramos que culmina una semana intensa: la octava de Pascua, en la que, como si se tratara de un solo y largo día, hemos compartido nuestra alegría por el triunfo de Jesucristo sobre la muerte.

Este domingo llamado antiguamente “*in albis*”, por las blancas vestiduras que portaban los recién bautizados al integrarse de lleno a la comunidad cristiana y que sigue siendo un día de fiesta en las comunidades que han tenido el bautismo de sus catecúmenos en la solemne Vigilia Pascual. Ahora, lo celebramos como el “*Domingo de la Misericordia*”. Todos estos motivos se conjuntan para darnos un todo muy rico, que podemos disfrutar desde ángulos diferentes. En la liturgia de la Palabra hay un hilo conductor que tenemos que poner de relieve: **«La fe en Cristo Resucitado»**.

San Juan nos dice que: **«Hizo otras muchas señales que no han sido recogidas en este libro. Estas han sido narradas para que creáis en Jesús el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida por medio de él»**. El evangelio quiere ser una invitación a la fe. Una fe que nos enriquece con el don de la paz. Pero que también inquieta, porque es una fe que apenas restablecida se convierte en misión: **«Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros»**. Una fe que crea una comunidad extrovertida, una fe que lanza fuera, que pide salir de la seguridad de la pequeña comunidad para aventurarse a compartirla con todos, como don, y que solo así se puede disfrutar de verdad.

Una fe que incluye el regalo inestimable del Espíritu Santo, el otro Paráclito, cuya presencia vuelve a la comunidad portadora de perdón y reconciliación. Una fe que nunca es fácil, ni siquiera si se conoce bien a los testigos. Tomás uno de los doce, es el santo patrón de quienes más de alguna vez nos sentimos dudosos. Si todos hemos titubeado y fallado en nuestra fe, una vez que somos confirmados en ella no podemos sino ser portadores de la misericordia y del perdón de Dios para con una humanidad tan frágil y pecadora como lo somos también los miembros de la Iglesia. Una fe, por tanto, que es tentada de incredulidad porque siempre quiere pruebas.

La muerte de Jesús significó, para sus discípulos, fracaso y miedo. Los relatos evangélicos lo dicen con mucha claridad: **«Estaban en una casa, con las puertas cerradas por miedo»**. Esta situación contrasta con otra bien distinta, como hemos escuchado en la primera lectura: que **«los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Señor con mucho valor»**.

Y surge la pregunta: **¿qué sucedió, entre medias, en la vida de aquellos discípulos derrotados? ¿Cuál fue la causa de tal cambio?** Los relatos evangélicos dicen que en la vida de aquellos hombres y mujeres tuvo lugar un acontecimiento que los transformó. Jesús resucitado llegó a ellos como llega el día, con el alba y disipa la oscuridad de la noche. Y en su vida se hizo el día.

Aquel encuentro los cambió radicalmente y comenzaron a vivir una vida nueva, al estilo de Jesús. Nos cuesta creer que el encuentro con Cristo resucitado sea posible. Quizá no deseamos ese encuentro pues estamos confortablemente instalados en nuestras costumbres, sin deseos de cambio. Nos podemos mirar en Tomás.

Tomás no estaba con el grupo la tarde en que llegó Jesús y, cuando volvió, le dijeron: **«Hemos visto al Señor»**. Tomás es imagen de cada uno de nosotros. Como él, también nos cuesta creer y también creemos con dudas. Tomás también es figura de muchos de nosotros cuando no nos conformamos solo con lo que nos han contado y buscamos y deseamos, sinceramente, encontrarnos a Jesús resucitado. En la incredulidad de Tomás hay honestidad y sana rebeldía. No vale cualquier anuncio del resucitado, solo nos vale el anuncio del Cristo que fue crucificado. **«Si no veo en sus manos la señal de los clavos...»**.

La incredulidad y también el inconformismo condujo, a Tomás, hasta Jesús. Cristo resucitado vino a Él y pudo experimentar de nuevo el calor de su mirada acogedora, la ternura de sus manos, la fuerza de sus palabras llenas de vida; pudo ver en sus ojos el amor y la determinación de dar la vida por el Reino del Padre. Y supo que era Él, el mismo Jesús, ahora resucitado.

Tomás creyó y la confesión de su fe es la más rotunda de todo el evangelio: **«Señor mío y Dios mío»**. **¿No necesitaremos, hoy y siempre, mirar un poco más a Tomás y, como él, tener la honradez y la humildad de confesar nuestra poca fe en Jesús resucitado? ¿Y, como él, no contentarnos con lo dado y dicho, sino desear ver y tocar al resucitado?** La confesión más grande de la divinidad de Jesús: **«¡Señor mío y Dios mío!»**. Tiene la réplica de Jesús: **«Dichosos los que crean sin haber visto»**.